

y a la fecundidad. La pregunta que se plantea el autor —«¿Es un deber la procreación?»— suena rara a los oídos del hombre moderno. Pero tiene un sentido muy marcado en la tradición bíblica. Ahora bien, se nos descubre en el conjunto que la procreación es «don» y «tarea», no es sólo ley, sino ante todo bendición.

El cuarto capítulo (“La infidelidad de la primera pareja”: pp. 89-106) aborda la cuestión del pecado y cómo se introduce su lógica en el matrimonio. Una lógica que destruye y desordena las relaciones. La tradición del Midrás es aquí muy rica y brinda luz al texto bíblico, planteando cuestiones que animan a imaginar y recrear el texto.

La consecuencia del pecado son “Las penas de la mujer y el hombre”, que se afrontan en el capítulo quinto (pp. 107-114). El dolor en el parto y el dominio del varón sobre la mujer son frutos de la trasgresión que Adán y Eva deberán cargar en adelante, hasta que llegue la redención del cuerpo.

El sexto y último capítulo, titulado “Perdón para Adán y Eva” (pp. 115-119), es la conclusión más adecuada al conjunto.

En el sucinto epílogo (pp. 121-123), el profesor Granados recuerda que la historia de nuestros primeros padres no acaba en tragedia. Ciertamente, se despliega el drama de un perdón que se da en la historia. Pero es la esperanza de recibirlo lo que guía la historia desde entonces.

Un acertado glosario recopila el significado de algunas palabras técnicas usadas en el cuerpo del volumen, lo cual hace todavía más fácil la lectura del mismo (pp. 125-126).

En definitiva, estas páginas irradian un fulgor especial. Desde una visión no manida ofrecen pistas interesantes a personas que desean colmar su convivencia diaria con los tesoros compendiados en el libro del Génesis.

Calificamos este libro como un instrumento muy provechoso y altamente recomendable para quienes se dedican a la pastoral de juventud, a preparar cursos prematrimoniales y a acompañar a familias, sobre todo a las que pasan por dificultades o pruebas en su entendimiento y comunicación conyugal.

Agradecemos finalmente a la editorial *Didaskalos* traernos la enjundia de la Biblia aderezada con la frescura de textos midrásicos y talmúdicos, germinados en una tradición interpretativa menos conocida para el lector cristiano, pero profundos y llenos de fe y de vida.

FERNANDO CHICA ARELLANO
arellano@libero.it

Uríbarri Bilbao, Gabino. *El Hijo se hizo carne. Cristología fundamental*. Salamanca: Sígueme, 2021, 379 pp. ISBN: 978-84-301-2081-9.

Es mucho el tiempo que ha transcurrido desde que se está necesitando un diálogo mejor al interno de la cristología. Como en tantas otras cosas, el Vaticano

II marcó un hito, cada vez más lejano, a partir del cual es evidente que la cristología acumula desafíos que no le están proporcionando un equilibrio pacífico. El hecho es que la división que, en este momento, presenta el tratado cristológico en el ámbito académico, por la cual se separa la así llamada cristología fundamental de la dogmática y sistemática, deja aún un poso de insatisfacción. Quizás esa departamentalización represente bien el estado al que han llegado los desarrollos metodológicos y temáticos cuajados a lo largo de los últimos decenios en cristología, pero a costa de petrificar divergencias difíciles de conciliar en un conjunto más armónico y, en definitiva, con un discurso cristológico más orquestado.

En esa evolución, la impresión es que la cristología dogmática ha sido quien ha perdido posiciones y capacidad de interlocución. Parte de la culpa, por no decir toda, puede residir en la depreciación que, frente a otros, ha recibido el acceso ontológico a Jesucristo. Esa tendencia no se restringe sólo a la cristología, sino que se extiende a la teología en general. Incluso a más allá de ella. El ángulo metafísico, desde el que interpretar la realidad, no encaja hoy en el paisaje cultural que habitamos. Se le considera excesivamente vertical y abstracto. Tal mirada casa malamente con las preferencias epistemológicas en boga. Probablemente en eso estamos, ante una transición epocal, en la que nos encontramos sin habernos dotado todavía de una síntesis orientadora. Los efectos son innegables también fuera del ágora académica de la teología. Las cristologías que parecen hallarse detrás de muchos planteamientos pastorales al uso adolecen de déficits preocupantes, efecto de las zonas de fricción aún vivas dentro de la reflexión cristológica.

La presente monografía se puede juzgar como un proyecto ambicioso de revisión y de recuperación de la integralidad de la cristología en ese contexto, pero —y ahí está su novedad— desde la perspectiva de la cristología dogmática. Quien lo acomete —actual catedrático de teología dogmática de la Universidad Pontificia Comillas, además de haber sido miembro de la Comisión Teológica Internacional entre 2014 y 2019— dispone de una experiencia investigadora y docente más que probada como para intentar un esfuerzo de ese calibre. Le felicitamos sinceramente por haberlo arrostrado y por los frutos que ha proporcionado.

Estamos ante una obra que intenta surtir de las bases para una cristología fundamental que continuará, como promete el autor, en otra cristología sistemática aún por publicar. La primera parte, “Diagnóstico” (pp. 21-108), recorre muy brevemente los posicionamientos que se citan en la arena cristológica, resaltando los correspondientes interrogantes que dejan para una reelaboración de la cristología (cap. 1). Urbarrí opta por incluir además en esta sección un capítulo sobre aquellos núcleos que entendi irrenunciables para un planteamiento cristológico actualizado (cap. 2). Adelanta así un esbozo de la cristología fundamental que está pensando propiciar y que especialmente ha de hacer justicia a la historia de Jesús, su misterio pascual, los títulos cristológicos, los himnos cristológicos y *Gaudium et spes* 22. A partir de ahí, se procede a una segunda parte, “Discusión” (pp. 111-266), donde se expone un listado exhaustivo de espacios cristológicos no precisamente sosegados: el impacto de la investigación histórica y la pregunta

sobre su peso específico final en el discurso cristológico (caps. 3 y 4); las cuestiones que suscita el pluralismo religioso desde el punto de vista cristológico (cap. 5); la viabilidad del neocalcedonismo y su alternativa: la fidelidad a Calcedonia (cap. 6); y la posibilidad de conceder más contundentemente en la cristología carta de ciudadanía a la pneumatología (cap. 7). Finalmente, se pasa a una “Propuesta” (pp. 269-331). La originalidad de la obra se condensa justamente en esta sección, en la que el autor realiza dos aportes verdaderamente valiosos. Por un lado, abre la puerta al desarrollo de una cristología del Espíritu (cap. 7). Por otro, se atreve a una síntesis cristológica fundamental que pivota sobre lo que viene a denominar como «dinamismo encarnatorio» (cap. 8). De ese modo, salda cuentas con lo que puede dar de sí el diálogo con cuanto se ha reconocido de válido en la sección previa.

La preocupación constante del autor es cuádruple: repensar el puesto real que ha de tener la investigación histórica sobre Jesús; confrontar más decididamente el dogma cristológico tradicional con la teología de las religiones; recuperar el valor del dogma cristológico como fuente de inspiración y discernimiento para la cristología; y articular el discurso cristológico con la pneumatología. Uríbarri se muestra particularmente preocupado por neutralizar el *neonestorianismo*, la deriva que es más patente, en su opinión, en la cristología hecha dentro y fuera de la Iglesia. Postula, como vía factible para salir de las aporías a que lleva, una cristología *teleiótica* o del «dinamismo encarnatorio», con la que se intenta superar que la Encarnación sea reducida exclusivamente al instante en que el Logos asume la naturaleza humana. Se trata de una cristología que contempla y combina simultáneamente los ejes ontológico e histórico como dimensiones clave para acceder al misterio personal de Jesucristo, tal y como la Iglesia lo ha hecho en tanto que comunidad de fe. No son simétricos. El autor asigna la preeminencia al eje ontológico, respetando lo que el dogma cristológico reconoce en Jesucristo: una persona divina que toma para sí una naturaleza humana íntegra. En efecto, «tanto la historia del dogma como la génesis de la cristología y una correcta hermenéutica bíblica piden la primacía de la lente kerigmática, dogmática o de la confesión de fe cristológica en el enfoque sistemático de una cristología crítica» (p. 315). No obstante, la historia humana de Jesús es absolutamente reconocida, de forma que la Encarnación ha de cifrarse igualmente en cómo el Espíritu lleva la humanidad de Jesucristo a su plenificación. El Concilio de Calcedonia (451) es revalorizado, pero desplegándolo aún mejor. Los réditos que, en términos cristológicos, supone una opción así son apreciables. En parte, los hay metodológicos: «La verdadera asimilación de los elementos sustanciales del calcedonense se refleja en un método que, simultáneamente, deje espacio teológico relevante a la humanidad (historia, dinamismo) y a la divinidad (títulos, ontología, kerigma) de Jesucristo» (p. 60), y se hace, con ello, un reconocimiento notorio de cuanto representa la investigación histórica sobre Jesús. Y en parte, los hay de contenido: se le avisa a cualquier cristología dogmática que no puede sortear los misterios de la vida de Jesús por ser normativos para ella.

Sin duda alguna, hemos de congratularnos por que una obra de este porte y con esta pretensión aparezca justamente ahora. La obra de Uríbarri establece criterios de discernimiento para situarnos ante el escenario en que hoy se halla el modo de aproximarnos a Jesucristo y de apropiarnos de Él. En una coyuntura en que se ha perdido contacto con y conocimiento del dogma cristológico, es necesario confiar en su capacidad de significación y actualización, y ofrecerle la mano, no la espalda. No es posible dejar aparte y ninguneado el credo cristológico como si tratara de una traza arcaica de los primeros estadios del cristianismo. En el fondo, la confesión que define a Jesús como el Hijo de Dios no se halla al final, sino en la misma médula de lo que la Iglesia acaba aceptando en Jesucristo. Pero esa confesión remite obligadamente a una historia concreta, la del Nazareno, en la cual presenciamos cómo esa identidad divina se llegó a materializar. El *quién* es previo al *qué* y al *cómo*, y los termina explicando.

La tarea, sin embargo, no está concluida. En línea con su proyecto de elaboración de una cristología fundamental de nuevo fuste, animamos al autor a que siga reflexionando sobre el desafío que constituye el pluralismo religioso para un cristianismo que convive cada vez más con él y que le cuesta encajar. Algo semejante sería ideal en relación con la secularización. La cristología ha de visitar más eso que tradicionalmente se ha llamado el *inicio de la fe* y aceptar que está ante un reto mayor. Para muchos discursos sobre lo religioso, no es suficiente con iluminar conceptualmente el *quién* de Jesucristo. Prefieren poner el foco sobre *por qué* lo divino es o debe ser significativo para lo humano: tan significativo que no puede entenderse uno sin otro. En esa pregunta se vuelve a sentir la invitación a que prosigamos la revisión del instrumental ontológico que manejamos cristológicamente. La antropología está pidiendo ser escuchada más seriamente a ese respecto. La ocupan actualmente muchas cuestiones fronterizas, donde se debate qué es lo que concebimos por naturaleza humana. Al fin y al cabo, esa naturaleza es la *carne* en la que se hizo el Hijo de Dios, y no por otro motivo, sino por el de llevarla a su plenitud.

FRANCISCO JOSÉ RUIZ PÉREZ, SJ
francisco.ruiz@deusto.es

Sueiro, Samuel. *La fecundidad del cristocentrismo. El discernimiento teológico de Henri de Lubac sobre la posteridad espiritual de Joaquín de Fiore*. Madrid: Encuentro, 2021, 509 pp. ISBN: 978-84-1339-068-0.

«Joaquín está más vivo que Agustín». Esta respuesta de Jürgen Moltmann a Karl Barth (p. 71), más allá de su posible exactitud, muestra el interés que despierta la figura del abad de Calabria, muerto a principios del siglo XIII, para los estudios en torno a la teología medieval. En realidad, el juicio del teólogo alemán no se limita al pasado, sino que alcanza a la reflexión teológica sobre su recepción en